


PILAR  
FERNÁNDEZ  
SENAC

COMO DIENTE DE LEÓN

Pilar Fernández Senac

# COMO DIENTE DE LEÓN



 malbec  
EDICIONES

Pilar Fernández Senac

COMO DIENTE DE LEÓN

MALBEC  
EDICIONES

MALBEC EDICIONES

Editor: Javier Salinas Ramos

© Pilar Fernández Senac

© Primera edición: Marzo de 2016. Malbec Ediciones

Fotografía: Balazs Kovacs

Diseño portada y cubierta: Santiago González Prieto

Revisión: Javier Salinas Ramos

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

# 1

## Un pedacito de nube

—Mamá, ¿qué son los dientes de león?

—Son trocitos de nubes que han echado raíces.

—¿Por qué?

—Porque tienen miedo a volar.

—Y entonces, ¿por qué les soplamos?

—Porque es importante enfrentarse a lo que nos asusta y, aunque ellos no lo saben, quieren estar ahí arriba.

—Mamá —me dice entonces, parándose en seco mientras se suelta de mi mano y entorna los ojos con gravedad. Yo me detengo mirándola extrañada y compruebo que va a decir algo importante y que no parece mi niña pequeña. Nos quedamos mirándonos seriamente, creo adivinar algo de pena en sus pequeños ojos, pero ¿cómo puede ser?, apenas tiene cuatro años... sin embargo, para confirmar todos mis pensamientos, me suelta: —mamá, ¿tú necesitas que yo sople fuerte para que no tengas miedo de volar muy alto?

No pestañeo, de hecho, creo que he dejado de tener pulso. ¿Es posible que mi hija sea capaz de ver todo lo que me asusta después de este último año? Sé que los niños son mucho más perceptivos que los adultos, pero... ¿tanto?; y sé que Nerea es inteligente y perspicaz, pero... ¿tanto?

Cuando recupero el latido de mi corazón me doy cuenta de que ha vuelto a mi lado y de que se ha colgado de mis dedos inertes. Me agacho y la sujeto por su diminuta cintura, cojo un mechón rebelde que se ha escapado de su coleta y lo coloco detrás de su oreja, entonces me enfrento a sus avispados ojos y le digo:

—¿Por qué dices eso, mi amor?

—Porque tienes miedo, mamá, y yo no quiero que estés asustada, yo quiero que vueles como los dientes de león.

—No tengo miedo cariño, mamá no está asustada —digo esas palabras con falsa convicción y sin saber realmente a quién van dirigidas, ¿a ella... o a mí?, y Nerea me mira como si me hubiera pillado haciendo trampas a la Oca, ¡tanto se me nota que hasta ella lo tiene tan claro! Sonrío, no hay quien escape de ella, es increíble y es mi hija; ahora le sonrío más abiertamente y estrechándola entre mis brazos admito: —Es posible, cariño, que mamá tenga un poquito de miedo, pero, ¿sabes?, ahora ya no, porque sé que tú estás conmigo y que soplarás fuerte para que llegue muy lejos, ¿verdad?

Me aparto para ver su carita perfecta y ella también sonríe mientras asiente. Me pongo de pie y me sujeto fuerte a su mano para continuar con nuestro paseo y buscar más trocitos de nubes con raíces para devolver al cielo. Conforme caminamos me doy cuenta de algo, algo que necesitaba saber: lo que debería asustarme ya pasó, y sobreviví, y tengo que alejar el terror que me provoca el futuro, lleno de planes, ilusiones y sentimientos, porque en el fondo yo quiero estar ahí, con fuerza, a pesar del último año.

## 2

## El último año

Hace mucho calor esta mañana, pasan pocos minutos de las nueve y el sol calienta demasiado, la primavera llega con fuerza. Acabo de llegar a casa. Santi aún está dando vueltas, no sé si realmente hoy entra más tarde a trabajar o si me está esperando. Sin embargo, ha pasado un par de veces rondándome pero no me ha dicho nada.

Creo que todavía continúa disgustado y quiere que lo sepa, pero espera que sea yo la que rompa la fina capa de hielo que anoche se instaló entre nosotros. No lo voy a hacer, aunque no sepa realmente por qué, pero no lo haré, no seré yo esta vez la que tienda un puente entre nosotros. ¿Orgullo?, posiblemente, pero por una vez me gustaría que

me dijera: «lo siento nena, no me gusta discutir contigo», me plantara un beso con sus hermosos y gruesos labios y quedara todo olvidado. Así, sin más. Aunque sé que eso no pasará, hace tiempo que no ocurre: olvidar las cosas como si nada fuera más importante que nosotros. Hace algún tiempo que la memoria no pierde detalle ni ocasión que guardar en una oscura caja de Pandora, por si alguna vez hace falta dejar escapar todos los demonios.

Estoy en la cocina recogiendo los restos de la batalla de Nerea con los cereales y la leche. Respiro hondo al recordar que hoy tengo tiempo sólo para mí hasta las cuatro y media. La peque hoy estará entretenida, después del colegio se queda en el comedor porque luego tiene clase de ballet. Genial. Y Santi no vendrá a comer, ¿o sí?

—Santiago —sé que está en el estudio y que me oye, y sé que habrá torcido el gesto cuando me haya escuchado decir su nombre completo—, ¿vienes a comer?

No me contesta y eso me enoja aún más. La cosa no pinta bien, él sabrá. Continúo con lo mío empleando una energía innecesaria para vaciar el tazón de cereales; de pronto sus brazos me rodean desde atrás y me acercan a él al tiempo que me da un suave beso en la nuca. Noto su respiración cálida junto a mi cuello y sus labios que susurran.

—Lo siento, preciosa, no me gusta que discutamos, y menos por cosas que no merecen en absoluto la pena.

Me sorprende enormemente y se eriza todo el vello de mi cuerpo. Es cierto que nos enfurruñamos por una tontería, pero lo que me deja clavada en mi sitio y completamente removida son sus palabras. Ésas que yo pensaba que no iba a decir porque ya éramos demasiado mayores, porque ya llevábamos demasiado tiempo juntos. Y así, como un rayo, veloz pero nítidamente, asoma una idea en mi cabeza: soy yo quien piensa todo eso, no él, y para mí era más cómodo, mucho más sencillo pensar que era cosa de los dos. Sin embargo, su disculpa y su hermoso abrazo me

han golpeado y me han obligado a mirarme a la cara y reconocer que me equivoco. Y eso no me gusta.

—¿Qué pasa? —me pregunta sin soltarme.

—Nada, gracias por disculparte —contesto apretándome un poquito más en su abrazo. Siempre me gustó que me abrazara así, sintiendo cómo su respiración me acerca y me aleja levemente de su pecho.

Aunque estoy genial entre sus brazos quiero girarme y mirarle a los ojos. Son de un precioso color miel, cálidos, perfectamente definidos y enmarcados por unas largas pestañas. Me sonrío, con suavidad, como lo hace todo cuando se encuentra bien, y se le iluminan un poco más. No me dice nada sino que me acerca despacio y me besa con una pasión olvidada e... ¿inapropiada?

Salgo de su abrazo y comienzo a vestirme.

—Vas a llegar algo más que tarde esta mañana —le digo mientras recoloco mis vaqueros y busco mi sujetador por el suelo del salón.

—Echaba de menos esto —responde con expresión divertida aún en el sofá, yo le miro con cara de no saber a qué se refiere así que añade—, sí, esto... dejarnos llevar.

Ese *dejarnos llevar* ha hecho que Santi se vaya a las once pasadas, así que me pongo con la casa a toda velocidad. En cuanto termine, tengo que ir a comprar, aunque por suerte, al estar sola para comer me ahorro el estrés de la cocina. Picaré cualquier cosa.

Las tres, voy a leer un poco tomándome un café. Hasta ahora no he tenido un momento para mí de verdad en toda la mañana y quiero aprovechar antes de que mi torbellino favorito vuelva a casa. No he llegado a coger el libro cuando suena el teléfono.

— ¿Sí?

—...

—Sí, soy yo.

—...



—¡Ah!, hola Martina, dime.

Y ya no escucho nada más.

Tengo que dejar el café sobre la mesita, no vaya a derramarse sobre la tapicería y menudo desastre. Lo dejo con cuidado mientras con la otra mano sujeto el auricular pegado a mi oreja, ésa en la que hace unas horas, pocas, Santi me besaba y me susurraba que me quería.

No sé qué rollo me está contando, es Martina, la jefa de Santi, que si «... lo siento mucho...», «...es algo inexplicable...», «... no te preocupes por nada que ya hemos avisado nosotros...». Soy incapaz de interrumpirla, no sé qué quiere que le diga, ahora mismo sólo escucho resonar sus primeras palabras como un eco insensible y cruel en mi mente vacía: “Santi ha muerto, Diana, parece que ha sido un ataque al corazón...».

Cuando alargo la mano para dejar el teléfono aduerto que no sé si Martina había colgado ya o si lo he hecho yo sin despedirme ni nada. Veo la taza aún caliente sobre la mesita, menos mal que la dejé a salvo a tiempo porque limpiar la tapicería es una verdadera lata.

Mi cabeza va filtrando la información y ya únicamente resuenan, en una letanía monótona y apagada, tres palabras: «Santi ha muerto, Santi ha muerto...». Soy incapaz de reaccionar ante ellas, las observo burlarse de mí esperando, ansiando, más bien, escuchar su macabra risotada ante esa broma de mal gusto. Pero eso no pasa, en su lugar me sobresalta la música de Abba en mi móvil, las primeras notas de *Dancing Queen* resuenan ajenas a todo... Descuelgo sin mirar quién es, o a lo mejor si lo he hecho, no lo sé.

—¿Diana?

—Ajá.

—Oye, Diana, soy Julio.

—Hola, dime —contesto a la vez que siento su cara de perplejidad a través del teléfono.

—¿Has hablado con Martina? —me pregunta bajito, como si existiera la posibilidad de que las cosas, por no nom-

brarlas, no hubieran ocurrido. No le contesto, así que añade— Diana ¿estás bien?

—...

—Oye, Diana, imagino que estarás un poco perdida. Por eso te llamaba, no tienes que preocuparte de nada, yo me encargo, ¿vale?

—Ajá —es el hermano mayor, el responsable hermano mayor de mi marido muerto, y la verdad es que no tengo muchas ganas de hablar con él. Ni con nadie. Aunque no se lo digo.

—Ahora mismo voy a la oficina de Santi para lo del levantamiento del cadáver y todo eso.

—...

—Joder, Diana, ¡lo siento tanto!

—Yo también, era tu hermano —no sé qué quiere que le diga, yo quiero colgar y concentrarme en esas tres palabras que rebotan incansables en mi cabeza.

—Bueno, pues eso, no te preocupes por nada. Lola va para tu casa, no es bueno que estés sola y... ya os aviso yo de todo —noto que traga saliva y que respira profundamente antes de continuar —, ya he hablado con mis padres...

—Vale Julio, gracias —le interrumpo, no tengo ganas de más dramas, no sé qué hacer con el mío así que no creo que pueda con el de los demás, y no me apetece pensar en mis suegros.

—¡Mierda, Diana!, ¿de verdad estás bien? —Debería decirle que no lo sé, que ahora mismo es como si no estuviera escuchándole, pero como no lo hago prosigue—. En veinte o treinta minutos está Lola contigo. Chao Diana, ánimo.

Sé que ha colgado pero sigo con el móvil pegado, «Santi ha muerto, Diana, Santi ha muerto...». Lanzo el móvil a la otra punta del sofá, recojo las piernas contra mi pecho abrazándolas con fuerza y, una vez inmóvil, fijo mi mirada en el suelo. No puedo pensar en moverme. Ni llorar, aún

no he soltado ni una sola lágrima... y acaban de decirme que mi marido ya no está. Supongo que por eso mi cuñado cree que no estoy bien, para él habría sido más fácil consolarme si me hubiera encontrado deshecha, pero no sé por qué no lo estoy. Ahora mismo siento que me he convertido en un espectador pasivo de mi propia vida y que, desde mi posición privilegiada, puedo observar en silencio a una mujer sentada en un cómodo sofá gris con la mirada perdida y las piernas abrazadas; a una mujer que no puede llorar a pesar de que acaba de perder a su marido. Y no me reconozco. ¿Cómo podría hacerlo si hace tan sólo unas horas que él estaba en este mismo sofá sonriéndome feliz?

De pronto, recuerdo que tengo que ir a recoger a Nerea, miro el reloj para comprobar que no tengo más que veinte minutos para salir disparada a por ella. Me levanto del sofá y voy al cuarto de baño, me lavo la cara y comienzo a peinarme, creo que debería cortarme algo el pelo...

No me entretengo mucho en observarme en el espejo, supongo que tengo miedo de enfrentarme conmigo misma, me asusta pensar que al mirarme directamente me eche en cara lo que tengo que recordarme. Con lentitud recorro de nuevo el espacio que me separa del salón, me acerco hasta la ventana y miro fuera, hace muy buena tarde, Nerea se lo pasará bien en el parque. Pero, en ese instante, caigo en la cuenta de que yo no podré llevarla, tengo otras cosas que hacer. «¡Sí!», me grita ésa de la que quería huir ante el espejo, se ve que me ha seguido, joder. «¡Sí, creo que deberías preocuparte de Santiago, de llorar por él!», me dice, disgustada, y no sé de qué forma explicarle que no puedo y que no sé la razón

He llamado a Laura, ella se encargará de recoger a Nerea. Me va a hacer el favor de quedarse con ella un par de días, supongo que eso será suficiente. La peque se pondrá loca de contenta cuando se entere de que va a estar con su amiga Clara, dos días nada menos. No le he dicho nada, no quiero compasión, aún no. No estoy preparada para reci-

birla. Sólo le he comentado que tenía un problema personal y que la necesitaba, es más que seguro que cuando se entere se va a enfadar conmigo pero, francamente, eso ahora mismo no me importa. Los problemas de uno en uno.

Llegamos hace bastante tiempo al tanatorio, Santi todavía no. Qué ironía. Le están preparando dicen, ¿para qué?, ¿de verdad necesita él algún tipo de preparación?, y ¿quién me prepara a mí para soportar esto, para soportar el dolor que me mira desafiante tras el marco de la puerta porque me niego a dejarlo pasar como Pedro por su casa?

Me ha traído Lola, mi cuñada, la mujer de Julio, el hermano de Santi. Muy afectada. Ha llorado en cuanto he abierto la puerta de casa, ante lo que yo he seguido impasible, en ese estado protector de levitante espectador. Me ha abrazado con fuerza, entre el dolor y la sorpresa de mi entereza, demasiado fuerte, he llegado a pensar que pretendía hacerme daño físico, para ver si así derramaba alguna lágrima. Ni con esas.

Esto está lleno. Mis suegros llegaron hace poco, una tragedia, y lo entiendo, pero no sé qué me ocurre con el dolor ajeno, es como si, al no ser capaz de enfrentarme con el mío, todas las demás demostraciones de pena me resultaran patéticas...

Estoy en una esquina de la sala, sentada en un cómodo, y excesivamente moderno, sofá de cuero marrón. Mi madre está a mi lado, con el rostro serio pero sin llorar, como yo, cogiéndome de la mano pero sin decirme nada, la imagino perdida entre los recuerdos dolorosos de hace cuatro años, cuando mi padre murió. La gente viene y me da el pésame. Una y otra vez. Y yo sólo quiero que esto acabe y me dejen en paz, en mi casa, para poder recibir a ese malcarado e inoportuno invitado que se ha presentado

sin avisar y que, sin saber cómo, mantengo a raya, pero que tarde o temprano dará una patada a la puerta...

Al principio he procurado ser educada y contestar con un mínimo de cortesía y una media sonrisa a todo el que se acercaba, pero después me he dado cuenta de que, si hay algo positivo en esta situación, es que puedo ser cortante y brusca. Todo el mundo lo entiende.

Estoy hablando, bueno, está hablando mi prima y cree que es conmigo, se ha acercado y mi madre se ha ido un rato cediéndole su lugar. Tras las palabras pertinentes y de manual para estos casos, ha empezado a hablarme de sus hijos, tres nada menos. Y entonces, ignorándola, escucho un poco más a la derecha cómo mi cuñada está hablando con varios compañeros de Santiago.

—Está fatal, peor de lo que me imaginaba —dice Lola en voz baja mirándome de soslayo.

—Debe de haberse tomado algo antes de que llegaras, no es normal que esté tan entera, si me pasara a mí... — responde una de las mujeres del corrillo, no consigo acordarme de su nombre, y me mira directamente, sin el pequeño y torpe intento de disimular, como hace mi cuñada. Y ante esa provocación no sé qué otra cosa hacer que sonreír, abiertamente, haciendo que retire rápidamente sus ojos de los míos. No sé si continúan hablando de mí, pero si lo hacen ya no puedo oírlos.

Me disculpo con Maribel, mi prima, y me voy a buscar el cuarto de baño, donde tardo en llegar bastante más de lo previsto pues a cada paso hay alguien que me para, que me da el pésame, que se ofrece a acompañarme, que se presenta, porque no tengo el gusto de saber de qué lejana rama de la familia de Santiago es... hasta que al fin lo logro. Me he ido al que estaba más alejado de nuestra sala, no tengo ganas de seguir con más de lo mismo también en el aseo. Entro y echo el pestillo. Tengo que respirar hondo, necesito respirar con fuerza para que algo de aire llene mis pulmones. Me siento y cierro los ojos. «Santiago ha muerto,

Diana... Santiago ha muerto, Diana...», el silencio ha hecho volver al eco, o tal vez no se había ido a ninguna parte y sólo estaba camuflado por el ruido. ¡Mierda! ¿Así va a ser a partir de ahora, cada segundo de silencio me va a recordar que Santi se ha ido? Me levanto y tiro de la cadena, no era necesario pero ese ruido de cascada embotellada aleja un poco mi nociva retahíla.

Tengo que salir, agarro el pomo y tardo más de lo que debería en abrir la puerta, pero es que no sé cómo hacer frente a todo esto, no tengo ganas de hablar ni de que me hablen; me gustaría que me dejaran a solas con mi marido, me gustaría mirarle a la cara y preguntarle cómo ha sido capaz de irse así, por qué lo ha hecho, cómo ha podido hacernos esto. Siento el frío del metal en mi mano, venga, Diana, bájalo y empuja, no puedes huir, así que plántale cara. Y eso hago.

Dos pasos y me encuentro de cara con el cuidado y despampanante cuerpo de mi hermano. Es realmente guapo y se cuida muy bien, no sé por qué demonios no hay chica que lo retenga, aunque por otro lado es lo más justo, no estaría bien que sólo una mujer pudiera disfrutar de ese cuerpazo, cuantas más mejor. Seguro que eso es lo que opina él, pienso divertida.

—Te estaba buscando —dice con tono afligido y añade con una leve sonrisa—, por ahí se pensaban que te habías ido...

Me acerco y le abrazo. Hacía días que no nos veíamos y me alegro de que esté aquí. Le suelto e imitando su sonrisilla señalo con la cabeza un par de sillones que hay en el pasillo mientras le digo:

—Pues vamos a dejar que sigan pensándolo, ¿vale? —me mira entre sorprendido y preocupado, seguro que es porque le han mandado a buscarme, mi madre o mis suegros, y yo no le dejo llegar con su botín, por lo que cambio mi sonrisilla por un tono más serio y le insisto—. Venga Lucas, por favor.

Agarro su mano y tiro de él, que se deja llevar sin oponer resistencia. Nos sentamos y yo no suelto su mano, no quiero, me gusta esa mano grande pero delicada de largos dedos. Yo no tengo unas manos como las suyas, mis dedos son más gordos y cortos. Siempre he envidiado sus manos y las de mi madre; Lucas las ha heredado de ella.

—¿Sabes?, siempre envidié tus manos —y mientras le digo eso voy pasando mi gordinflón dedo índice por ella—, estos dedos largos y finos de nudillos marcados me encantan.

—Oye, Diana... —sé que está nervioso, a él tampoco le gustan este tipo de cosas, no le va eso de regodearse en el dolor y en lo inevitable. Me recuerda a como estaba en el funeral de mi padre. Apenas si me mira y carraspea mucho, como si quisiera decir muchas cosas que no sabe o no puede decir, por lo que decido ponérselo fácil y, mirándole un instante a los ojos, evito que tenga que pronunciar unas palabras que estoy cansada de escuchar desde hace varias horas y que han dejado de tener significado.

—Lo sé, Lucas, lo sé —debería decirle que me reconforta mucho más así que con el dichoso «lo siento», y que, ahora mismo, sentada a su lado, sin mirarnos y cogidos de la mano me siento realmente acompañada y querida. Pero no se lo digo, me da vergüenza, confío en que se dé cuenta. No se lo diré hoy, quizá algún día.

Han pasado dos días desde que me fui de casa y ahora, al meter la llave en la cerradura, soy consciente de lo cansada que estoy, terriblemente agotada. Espero que eso me ayude a dormir porque no sé si seré capaz de conciliar el sueño, no sé si tendré fuerzas para ignorar al señor de traje oscuro que, con su sonrisa ladeada, me mira desde el quicio de la puerta de mi mente mientras me extiende su tarjeta. Aparece su nombre sin ninguna floritura, no la necesita